

Fecha: 30 de septiembre de 2015

Fuente: Diario Sur

Título: En memoria de Ruiz de la Prada

Ha fallecido el arquitecto Juan Manuel Ruiz de la Prada. Nacido en Madrid en 1927, formó parte de un numeroso grupo de arquitectos madrileños *olvidados*, alejados de los círculos académicos. De su obra destacan los cuatro edificios de viviendas de lujo realizados en Madrid, revestidos de ladrillo y madera, cálidos y evocadores.

Recién titulado, tras un interesante viaje de estudios a Estados Unidos, comenzó un periodo de colaboración con su compañero de promoción José Carlos Álvarez de Toledo. *Fuimos en moto hasta Fuengirola, ¡tardamos dos días!*, me contó en su estudio hace algunos años. Construyeron varias viviendas unifamiliares en la Costa del Sol y un par de edificios de viviendas de tamaño modesto en Madrid. Tras esta sociedad la mayor parte de su carrera profesional la desarrolló en solitario. Notable excepción fue el edificio Caracas de Madrid, realizado junto a Javier Carvajal. Un edificio de oficinas en el que indagaron en las posibilidades que una naciente industria de la construcción ofrecía. *Al menos lo intentamos*, escribió Carvajal.

Tras un interesante comienzo en el desarrollo de su actividad profesional, Ruiz de la Prada se replanteó su carrera y decidió enfocarla en otra dirección: la promoción inmobiliaria. Su aventura comenzó con la compra de un palacete en Chamberí, *arrebatao* al mismo Gutiérrez Soto. Palacete que derribó para construir, como arquitecto y promotor, el primero de una serie de bloques de viviendas de lujo. En este bloque ubicó su estudio, que en contraposición a lo habitual en aquella época, fue una sociedad anónima llamada Oficina Técnica de Arquitectura. Un despacho a la vanguardia que atrajo la atención de numerosos compañeros y estudiantes. *¡Le llamábamos Ruiz de la Pera!*, suele comentar Salvador Moreno recordando su paso por la Escuela de Madrid. Un jovencísimo Alberto Campo Baeza trabajó un tiempo al terminar la carrera en el estudio del madrileño.

Pero Ruiz de la Prada también tuvo otros intereses además de su voluntad de profesionalizar el trabajo de arquitecto. Atraído desde joven por el arte, fue un gran conocedor del panorama nacional. Fomentó su desarrollo incorporando la obra de artistas en sus edificios y se convirtió en coleccionista. Conocido de Manuel Viola desde su juventud, comprador de cuadros de Tapies en París, fue amigo de Eusebio Sempere, José Luis Sánchez, José Luis Gómez Perales y César Manrique, entre otros. Su ideario, coincidente con el de la mayoría de artistas de la época, abogaba por una integración total de las artes.

Integración que en los edificios de viviendas se manifestaba sobre todo en los portales. Paredes convertidas en lienzos o manillas de las puertas como esculturas a la vista de la sociedad española de los sesenta. Pues los portales se convirtieron en escenarios abiertos a la ciudad. Escenarios que reflejan ese *anhelo de transparencia* presente en la obra de Ruiz de la Prada, Cano Lasso o Lamela.

Tras su primera exitosa experiencia como promotor, Ruiz de la Prada abordó la construcción de otro bloque de viviendas en la esquina de las calles Zurbano y Martínez Campos. Un edificio, primero de la serie de cuatro, caracterizado por un ladrillo cálido, casi *volcánico*, fabricado imitando el tono de un cuadro de César Manrique que el arquitecto tenía en su estudio. Y conocido también por los paneles de madera que cubren sus fachadas. Paneles que esconden el azar y el esfuerzo que hay detrás de toda gran obra, pues el propio Ruiz de la Prada, acompañado del carpintero de la obra, compró en Bilbao a la Compañía Trasatlántica varios barcos que iban a ser desguazados. Tras una primera capa deteriorada, la madera de las tablas de las cubiertas, de teca, presentaba un aspecto inmejorable y fue colocada en los techos y en las fachadas. *“Una aventura, pero es que esa aventura no tenía nada que ver con la arquitectura, ni con la Escuela de Arquitectura, ni con la profesión de arquitecto, ni con el director de obra, ni nada. Era la aventura de dos seres humanos que estaban interesados en que aquella obra fuera un poquito distinta y un poco mejor, nada más que eso”* resumía con emoción cuando relataba la historia de los barcos.

El edificio de Zurbano supuso un éxito inmobiliario tal que Ruiz de la Prada promovió otros tres en solares similares, lo que le valió críticas de algunos compañeros que le reclamaron “variedad formal”. Entre sus defensores estuvo Julio Cano Lasso, que comparó la obra del arquitecto madrileño con las casas promovidas por el Marqués de Salamanca en Madrid. De ellas se decía irónicamente que sus fachadas eran vendidas como una pieza de tela, por metros. Sin pensar, según Cano Lasso, que de esta forma se resaltaba una de sus mejores virtudes, que no era sino formar conjuntos de gran dignidad urbana.

Hoy, en una situación en que la normativa vigente obliga a los usuarios a mantener los edificios, las viviendas de Zurbano, cuyas fachadas no fueron limpiadas durante cincuenta años, presentan orgullosas los mismos revestimientos exteriores y carpinterías en mejores condiciones que el día que se colocaron. Es entonces cuando uno no puede sino reiterar su admiración por el acierto y el tesón de un arquitecto cuya obra ha contribuido a cambiar la imagen de algunos de los mejores barrios madrileños. Una obra silenciosa y sin pretensiones, poseedora de esa esquivada cualidad que Juan Marsé denominó el *sugestivo imperio de la contención*.